

"Nunca se aprende bastante el oficio de ser hombre", expresa el viejo apotegma delfico. Entraña severos compromisos.

¿Cómo se forja el ser humano? ¿Qué clase de compromisos tiene el hombre en su estar en la Tierra?

Hay que leer con pausa este libro. Es necesario divulgar la ciencia, lo que no supone hacerla vulgar.

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At412-55LAVM10055>

*L'Adoration*, de JACQUES BOREL, N. R. F., París, 1965

El autor ha seleccionado infinitas escenas del recuerdo. En su memoria, la fluencia temporal sufrió cortes involuntarios, olvidos que se recuperan en virtud de un trabajo discursivo. Los hilos conductores se afirman, dibujan los realces de la trama sólida.

Hay puntos de contacto entre Borel y Proust. Pero al mismo tiempo, entre ambos, se marcan notables diferencias. Proust es lírico, metódico, tiene el don de la insistencia, el propósito de fundir en una línea, en una frase musical bella, gran parte de los recuerdos que recupera del olvido.

Jacques Borel analiza cada uno de los hechos, profundiza hasta las raíces, quiere agotar las vivencias, dejarlas limpias de escoria. De ahí su tremenda sinceridad, su posición filosófica de sesgo cartesiano. Mucho le ayuda el idioma francés, tan adecuado para atomizar las emociones.

¿Qué se dice en este libro de seiscientos treinta páginas?

La historia sugerida de un padre, la formación de un hombre, el claroscuro de unos tipos femeninos, la presencia de un paisaje que se hace estado de alma, que ondula y tiene la gracia majestuosa de un silencio hablado.

Como interpolaciones, un aluvión de realidades, amores líricos y viscerales, la piedrecilla que dibuja círculos concéntricos en las claras y turbias aguas de la vida.

Después, los horizontes abiertos, un volver hacia el punto de partida, porque la experiencia del ser humano es memoria y duración, recuerdo del primer juguete y análisis de los golpes contra la inflexible y hosca realidad.

Los relatos autobiográficos, como *L'Adoration*, tienen el mérito de colocar en la misma escena a personajes secundarios. Cuando esas criaturas sufren el asedio analítico pueden deshacerse o desdoblarse.

En ese momento interviene el talento narrativo del autor. Y la obra se salva o se convierte en una biografía más, sin transcendencia.

Jacques Borel tiene un tacto exquisito. Llega un momento en que las voces de los personajes son propias, inconfundibles, necesarias, y cada una, con su modulación, levanta el friso de tantos recuerdos, de tantas cosas mínimas que se encauzan para modelar la silueta de una mujer, de una madre. Pero no se crea que semejante pedestal es de nobles metales,

solamente. Tiene arcilla, limos, ensoñaciones y los impactos de un vivir azaroso, no siempre amable.

La minuciosidad de la voz narrativa no estorba. Tampoco desvía su finalidad novelesca.

A medida que surgen los temas, vemos crecer pequeñas islas de meditación. Arte, literatura, filosofía, soledad y efusión amorosa enlazan sus filamentos. El autor utiliza una lupa de gran nitidez. Las imágenes quedan centradas.

La novela, como especie literaria, surge de la fantasía y de los hechos reales. Puede caer, por desgracia, en los abismos didascálicos.

El fenómeno novelesco se dispara desde un acontecimiento, más allá de un personaje o se instaura, sin finalidad concreta, en los horizontes abiertos del espacio. La obra de Borel tiene en su médula al personaje, al "agonista", héroe y contra-héroe al mismo tiempo, fundidos en una fluencia caudalosa, profunda, detallista hasta el paroxismo. Como todas las novelas de personaje, tiene principio y medio. Carece de fin, semeja ser un mosaico de situaciones ensambladas con precisión. En esta oportunidad tiene forma autobiográfica.

Los personajes subalternos están vistos como las sombras vivas que se proyectan sobre el muro del vivir. El autor los desliga de la materia circundante. Adquieren relieve, y el aire circula entre ellos con libertad suma. No es la visión esperpéntica de la vida, sino la verdad esencial de unos seres cazados entre las mallas del recuerdo y del tiempo.

Diríase que la novela francesa vuelve a sus viejos cauces de lentitud y laboriosidad analítica. En virtud de semejante paciencia de análisis, los novelistas llegan a presentarnos aspectos subyacentes de la realidad inmediata. Quizás sea un nuevo camino brindado a la preocupación abstraccionista. Proust está vivo en esas páginas. Y también, de manera difusa, en las grandes novelas hispanoamericanas de la hora actual.

El hombre que ha recibido el Premio Goncourt 1965, sin dejar de ser "proustiano", sin despreciar los aportes de Alain-Fournier, en su "Grand Meaulnes", desbroza el camino de la autobiografía moderna, escribe con rigor cartesiano, analiza los productos humanos, aplica de nuevo su lupa a los residuos. Todo ello es una prosa que tiene muchas vertientes líricas, pero sin demasía.

Borel nació en París, en 1925. Estudió Filosofía y Letras en la Sorbona. Es profesor de inglés en un Instituto. Contribuyó a preparar la obra dedicada a Verlaine por la biblioteca de "La Pleiade".

Frente a las antinovelas y a los relatos tremendistas, su libro es un ejemplo de equilibrio estético.

VICENTE MENGOD

*Guitarra solitaria*, de MANUEL MORENO MONROY. Ed. del Pacífico, 1965

La renovación de la poesía chilena en esta última época, es un hecho comprobado por la experiencia: los autores han dejado los temas prosai-